
Prólogo

Después de examinar la mejoría de Noah, Tobías respiró satisfecho. Más tarde, mientras se quitaba la bata, vio sobre una silla el cochecito metálico que había olvidado allí uno de sus pequeños pacientes. El juguete le recordó la afición que tenía de niño por esas miniaturas. Su abuela solía reñirle porque les desgastaba las ruedas. Cuando se disponía a salir, alguien golpeó la puerta. Era Sabrina, la madre de Théo, que regresaba con su hijo en brazos para preguntar por la maqueta del Audi R8 que había perdido el niño, y Tobías se la entregó enseguida. Théo sacó de una bolsa un caramelo y se lo ofreció a su pediatra. Al retirar el celofán de aquella golosina verde, el olor de la menta liberó los recuerdos de Tobías y el aroma de Sergio inundó su memoria. Todavía saboreaba el dulce cuando miró desde la ventana el horizonte edificado de Vancouver, y recordó la época en la que vivía con sus padres y estudiaba en el instituto Julián Zugasti.

1

El primer día de clase, algunas voces emergían entre el murmullo y el rechinar de las patas de las sillas. Los alumnos se movían al compás del gruñido de su profesor, entregados de mala gana a cumplir órdenes. La seriedad de sus caras indicaba que no estaban de acuerdo con los cambios.

Tobías tenía la mirada fija en la pizarra. La velocidad de sus latidos y el entumecimiento que notaba en los huesos lo habían convertido en una estatua. Se esforzó por volver a la realidad y asomó la cabeza por detrás de la espalda de Álex. Quería ver a la chica que el tutor pretendía sentar a su lado, pero al inclinar la silla le faltó poco para caerse. Observó el perfil de la joven como una mancha borrosa y comenzó a sudar. Unas chapetas de color amapola le abrasaban las mejillas. No le apetecía conocerla. Además, acababa de decidir que solo compartiría el pupitre con Álex, su amigo de toda la vida.

—Vamos, Tobías Reyes Sánchez con Elena Roth Duarte. ¡Ya!
—el grito del profesor retumbó como si un proyectil estallara en su frente.

—No. Yo no voy a sentarme con esa tía.

Tobías notó que le temblaba la voz y entrelazó las manos en un apretado nudo.

El rostro de Alberto, el tutor de segundo de bachillerato de Ciencias, fue pasando por todos los colores. Comenzaba a irradiar un sutil tono morado cuando Elena lo hizo palidecer.

—Yo tampoco pienso sentarme con él —dijo con los brazos cruzados sobre la mesa.

—Muy bien. Me parece fenomenal que no estéis de acuerdo con mis normas. Tobías, por favor, vete a tu sitio.

—Que no voy a pasarme el curso con esa niña —aseguró con cara de haberse tragado siete sapos.

—Y yo no quiero estar al lado de ese payaso —replicó ella revolviéndose en su silla.

—¿Queréis hacer el favor de comportaros?

El ambiente ya se había caldeado cuando Marina hizo explotar el polvorín por el que caminaba la minúscula paciencia del profesor.

—Alberto, si no quiere estar con ella, será por algo —dijo guiñándole un ojo a Tobías.

—No necesito tu ayuda. —El tutor dio unos pasos hasta el sitio de Marina—. Y, además, me estoy cansando.

Álex trató de convencer a Tobías.

—Tío, que no te piden que te cases con ella, solo tienes que sentarte. A mí también me fastidia que nos cambien de sitio —aseguró dolido.

—Tú no sabes lo que me agobian las tías —dijo con un ceño tan fruncido como los pliegues de un abanico.

—Ya, pero nos está mirando todo el mundo.

Marta, la amiga de Elena, la animó a obedecer.

—Haz lo que te dicen. Sentarse con él no puede ser tan terrible.

—¿Has visto lo maleducado que es? —Elena se mordió las uñas.

—Que sí, que se ve que es un imbécil, pero no nos conviene enfadar a Alberto el primer día.

Tras amenazarlos con una expulsión, el tutor consiguió que se colocaran en el lugar que les correspondía.

—No os preocupéis tanto. —El hombre hizo un esfuerzo por quitarse de la cabeza el cigarrillo que ansiaba encender—. Esto es provisional, hasta que pongamos el curso en marcha.

El joven se sentó de mala gana junto a su nueva compañera sin dejar de refunfuñar. No le dirigió la palabra y tampoco la miró en lo que quedaba de clase, aunque, sin percatarse de que la fragancia procedía de ella, se deleitó con el perfume a mandarina que liberaban los mechones de su pelo. Elena no se molestó en ojear al tipo que tenía al lado. «¿Quién diablos será este tío?».

El timbre anunció la hora del recreo, y las aulas comenzaron a vaciarse. Elena habló con el tutor para asegurarle que estaría mucho más concentrada al lado de Marta. El profesor abrió una pitillera mientras le explicaba que no podía hacer excepciones. A continuación, sacó un cigarrillo, lo acercó a su nariz y, tras una larga inspiración, cerró el maletín y se perdió entre los alumnos que atiborraban el pasillo.

—¡Qué mal! No me ha hecho ni caso —protestó Elena irritada.

—Tía, en el fondo tienes suerte. Ese chico es idiota, pero es guapísimo. Si no estuviéramos en el instituto, ya habría encontrado la manera de abalanzarme sobre él.

—Mira que eres bruta.

2

Un día antes de que Alberto obligara a sentarse a Tobías junto a Elena, los alumnos del IES Julián Zugasti de Coria tuvieron una reunión en el salón de actos. Allí les presentaron a los tutores y también les mostraron las aulas que ocuparían durante el curso. Elena no pudo asistir porque aún no había regresado de sus vacaciones en Portugal.

Coria era una ciudad apacible situada en un valle cercano a la Sierra de Gata. Hacia el norte, a pocos kilómetros, se extendía un paraíso de bosques verdes y agua clara. Cada primavera, la glicinia esparcía su perfume por la avenida principal, y en las calles del casco histórico se apreciaba el aroma que desprendían los naranjos. Durante el invierno, la niebla se tragaba los edificios al oscurecer y los mantenía escondidos hasta que el perezoso sol de la mañana acudía a rescatarlos. En verano, a la hora de la siesta, pasear por la ciudad era como perderse en las estepas de Mongolia. La gente solo salía para bañarse en las piscinas transparentes de la sierra o caminar de noche por la orilla fresca del río Alagón.

Un pequeño piso ubicado frente a la plaza de la Libertad era la vivienda que Tobías compartía con Ana y Miguel, sus padres.

Miguel trabajaba en una fábrica envasadora de aceitunas y, en el turno de noche, entraba a las diez y salía a las seis. Él quería que su hijo encontrara un trabajo mejor, y por eso se empeñaba en que sacara buenas notas.

Tobías tenía catorce años cuando, una tarde, mientras su madre cosía, llegó a la cocina dispuesto a intercambiar el contenido de los tarros etiquetados con los letreros de azúcar y sal. Sabía que era imposible distinguir aquellos granos diminutos de color blanco. Después, dejó los botes en su sitio y se sentó para ver que su padre escupía el café y arrugaba los labios al preguntar a qué se debía el sabor dulce de la tortilla.

Aunque Tobías era hijo único y sus padres no tardaban en averiguar quién realizaba las trastadas, él disfrutaba importunándolos.

El día en que suspendió las matemáticas le prohibieron salir con sus amigos durante un mes. Entonces se enfadó tanto que mezcló unas témperas con el detergente de la lavadora y estropeó casi toda la colada. Las manchas oscuras de la ropa correspondían con el estado de ánimo de Miguel, pero lo que acabó con su paciencia fue ver su cabellera teñida de rosa. Su hijo le había rellenado el bote de champú con espuma de color, y tuvo que salir a la calle con un gorro dispuesto a raparse la cabeza. Desesperados, él y su mujer, decidieron entonces que Tobías se fuera una temporada con su abuela Leonor.

El muchacho fue perdiendo el miedo a que sus notas fueran bajas porque su abuela le decía que no se amargara por esas nimiedades. Ella le contó que, cuando era pequeña, apenas iba a la escuela porque tenía que ayudar a su familia en las labores del campo, y él empezó a comprender que su propia vida no era tan mala.

Después de un tiempo, Tobías le habló del sentimiento de odio que le despertaba Miguel.

—Estoy harto —confesaba disgustado—. Mi padre piensa que soy un inútil y todo lo que hago le parece mal.

—No es eso —le decía ella—. Lo único que pasa es que no quiere que acabes como él. Por eso insiste tanto en que estudies.

—¿Por qué? No lo entiendo. ¿Qué tiene de malo trabajar en la fábrica?

—Algunos padres necesitan que sus hijos hagan todo lo que ellos no pudieron hacer. Y él siempre ha tenido envidia de su hermano César, que fue a la universidad.

—Que se ponga a estudiar —decía con rabia—. Me gustaría verlo sufrir con las matemáticas.

Mientras él le propinaba patadas a la mochila, ella continuaba impasible la conversación.

—Nadie dice que sea fácil..., pero, aunque te resulte aburrido, tienes que intentarlo. No por agradar a Miguel, sino por tu propio beneficio.

Después de varias semanas el muchacho regresó a su casa más tranquilo.

En septiembre, antes de comenzar el último año de instituto, Tobías y Álex se pasaban las tardes jugando con la PlayStation. Atrás quedaron los días en los que compartían las patatas fritas en la piscina municipal. Nadie se atrevía a molestarlos porque en la habitación se oían tantas voces que daba miedo acercarse a la puerta. El dormitorio de Tobías era un desastre en el riguroso orden que imponía su madre. Los muebles de madera de pino todavía conservaban una fragancia parecida al barniz. Los estrenó a los diez años, pero su cama dejó de servirle después del último estirón. Llevaba un tiempo durmiendo en el saco de los campamentos.

En una esquina de la mesa de estudio descansaba la miniatura de un Aston Martin. Allí había también un puñado de bolígrafos, una goma de borrar hecha pedazos y una colección de cajas

de videojuegos en cuyo interior Tobías guardaba el hachís, fuera de la vista de su madre.

El armario era el único mueble organizado de la habitación. El olor a manzanas de las maderitas perfumadas que Ana colocaba en su interior impregnaba la ropa. El joven mantenía perfectamente clasificados los vaqueros, las sudaderas, las camisetas, los cinturones, las camisas y las zapatillas. En la pared azul plomo, en el lugar más visible, su madre decidió colgar una fotografía de cuando era pequeño y tenía los ojos de lechuza. Él solía quitarla para que no la vieran las visitas.

Entre la ropa revuelta y los cojines apareció la linterna que utilizaría para investigar los sótanos de la casa de su abuela. Empezaba a cansarse de que su madre no le diera ninguna explicación, y le dijera que allí no había nada interesante.

Leonor vivía en el casco antiguo de Coria, en una casa que mostraba en la fachada el escudo labrado de la Santa Inquisición. La vivienda estaba dentro del recinto amurallado, en una zona donde las rejas y los balcones de forja decoraban un laberinto de calles estrechas custodiadas por las cuatro puertas de la muralla romana. Ovillados junto a la ancha pared de sillares de granito se encontraban algunos edificios como el castillo, la catedral, el convento de las monjas, el palacio episcopal y otras construcciones que señalaban el glorioso pasado de la ciudad. Tobías necesitaba hablar con su abuela sobre el motivo de su cara de espanto cada vez que se mencionaban los sótanos. Ese gesto era el que más alimentaba su curiosidad.

3

Después de la reunión del instituto Tobías acompañó a Álex a comprar una mochila. La librería se había llenado de jóvenes que renovaban su material escolar. Mientras esperaban su turno, los dos amigos hablaron sobre el nuevo curso:

—Tío, ¿te has fijado en que no conocemos a casi nadie? —preguntó Álex.

—Es normal. Tenemos diecinueve años. La mayoría de la gente de nuestra edad ya está fuera. Somos los más viejos de la clase.

—Javier debería estar con nosotros. Es una faena que haya empezado a trabajar.

—Mi vecina Carlota también se ha cambiado a Gestión Administrativa —añadió Tobías.

—¿Has visto qué cara tenía el tío de la camiseta de los Minions? Cuando el tutor ha pasado lista se ha puesto rojo.

—Yo también ando un poco revuelto. Menos mal que nos sentamos juntos. —Tobías pensó en la suerte que tenía de que Álex fuera igual que él en los estudios.

—¿Quedamos a las cinco?

—Sí. Ven a mi casa. A ver si convencemos a Javier de que juegue una partida.



Por la tarde, Tobías miró la hora y comprobó que sus amigos se retrasaban. Mientras observaba las nubes grises que flotaban inquietas ocultando la luz de la tarde, Dulce, su gata carey, se desesperaba sobre la alfombra. Por todo el piso se oía el sonsonete de la máquina de coser junto al volumen elevado del televisor. Su padre solía quedarse dormido en el sofá, a pesar de que media ciudad podía averiguar sin esfuerzo el título de la película que estaba viendo.

Cansado de dar vueltas Tobías se levantó, se puso las chanclas y entró en el baño para refrescarse la cara. Al inclinarse sobre el lavabo, recordó las veces que había tenido que ponerse de puntillas. Durante un momento sintió de nuevo la fragilidad de aquella época en la que su torpe forma de caminar hacía reír a los otros niños. Álex era entonces un muchacho gordito.

Con el tiempo, los dos se acostumbraron a los insultos y las risas de los otros, pero nunca olvidarían a los compañeros que se burlaban de ellos.

—Mirad, ¡ya viene la lechuza! —gritaba Manuel cuando Tobías caminaba por el pasillo de la escuela con la mochila en la espalda—. ¡Y todavía falta el cerdo!

—Está fuera comiéndose una magdalena —informaba Josete mientras los alumnos de once años se morían de risa en sus pupitres.

—Os vais a enterar, idiotas —murmuraba Tobías a pesar de que le temblaban las rodillas.

—No podéis hacer nada, solo sois dos mocosos —les recordaba Manuel mientras les robaba los bocadillos.

Unos años después, de aquella lechuza con apariencia escuchimizada, surgió un joven de proporciones perfectas. Era tan atractivo que hacía pararse a la gente en las aceras. Tenía el cabello oscuro como el jade de Birmania y el color de sus ojos recordaba las tonalidades del mar. A Tobías le extrañó que todos empezaran a moverse a su alrededor con la misma atracción que hace girar a la tierra en torno al sol.

Por entonces, le habría gustado tatuarse la espalda y ponerse un *piercing* industrial, pero, por temor a la reacción de su padre, se conformaba con el discreto disco que ensartaba su oreja derecha. Manuel y Josete no volvieron a molestarlo desde que comprobaron que les sacaba dos cabezas.

Después de aquella metamorfosis su relación con las chicas empeoró. Siempre que salía con sus amigos y alguna se arrimaba a él, terminaba con la espalda mojada y una incómoda sensación de ardor en la cara.

Un sábado por la noche, la hermana de un conocido comenzó a achucharlo y él retrocedió hasta chocar con la pared.

—Tío, ¿qué te pasa? —preguntó ella al notar el rechazo.

—No me gusta que me agobies. Lárgate.

—Eres un borde —replicó antes de alejarse.

Aturdido, buscó un escondite en el almacén de las bebidas del Blue Night, su *pub* favorito. A partir de ese momento comenzó a refugiarse allí cada vez que se encontraba agobiado. Se escondía entre las cajas de las botellas hasta que alguno de sus amigos lo rescataba.

Por el contrario, la transformación de Álex no fue nada espectacular. Había adelgazado y le gustaba saltar con su tabla de *skate*, pero mantenía un aspecto bastante parecido al que mostraba en las fotografías de la primera comunión.

Tobías corrió al oír el timbre de su piso. Dulce, que se despertó de un salto, lo escoltó por el pasillo y miró la puerta dispuesta a escaparse. Él conocía la rapidez de sus movimientos y abrió con cuidado. Javier, un joven de veintidós años que escondía sus ojos grises detrás de unas Ray-Ban doradas, intentó atrapar a Dulce, que derrapó sobre las baldosas al intuir sus intenciones.

—¡Tío, vámonos!

—Tenemos que esperar a Álex. —Tobías se asomó a la ventana.

—Se habrá olvidado de nosotros. Ahora le envío un mensaje, a ver si aparece.

Álex llamó al timbre en ese momento. Durante un rato los tres revisaron las clasificaciones de la última partida de la Play. Javier prometió que se conectaría para jugar con ellos.

Nada más abandonar el piso buscaron un banco en la plaza. Tobías y Javier se sentaron bajo las ramas verdes de la glicinia embelesados con sus móviles. Cuando Álex se cansó de patinar, se acercó hasta ellos acompañado por el ruido característico de las ruedas de su *skate*.

—¿Habéis visto esta foto? —preguntó al poner un pie en el suelo.

El joven les mostró en su móvil a una muchacha que señalaba las sandalias que acababa de estrenar. Tobías dijo que la veía muy normalita.

—Tu opinión no cuenta —protestó Javier.

—También le gustan las chicas. Acuérdate de la pelma que nos dio con mi prima Alba —dijo Álex—. Casi repite por seguir con ella.

Tobías recordó aquel curso. Tenía quince años. Su tío César daba clases en Coria y vivía con ellos. Una mañana de sábado, mientras sus padres y su tío hacían la compra, él entró en la habitación donde dormía César y la registró. Allí encontró una caja azul y vació casi todo su contenido para esconderlo en la mochila.

Cuando su tío se fijó en que le faltaban tantos preservativos, avisó a Ana.

—¿Sabes si el niño utiliza esto? —preguntó mientras le mostraba la caja medio vacía.

—¿Tobías? Pero si todavía juega con el Funko de Doraemon... ¿qué ha pasado?

—Anoche estaba entera. Tiene que haber sido él.

Al oír la conversación, Tobías sintonizó el canal donde emitían Bob Esponja, se sentó abrazado a un cojín, y fingió entretenerse con el televisor.

—No creo que haya sido él —le dijo Ana a su cuñado—. Míralo, es un crío.

Ella se acercó hasta su hijo y le enseñó la caja.

—¿Tú le has quitado esto a tito?

Él ya había preparado la respuesta y contestó sin vacilar.

—Yo no. Seguro que ha sido papá.

Miguel se llevó un buen rapapolvo de su mujer mientras insistía en que no había pisado la habitación de su hermano. Tobías utilizó los profilácticos para llenarlos de agua. Él y sus amigos se arrojaban los globos entre los árboles del parque de Cadenetas. Terminaron con la ropa manchada después de caerse varias veces sobre la hierba. «Casi me rompo la cabeza, pero ha merecido la pena», pensó Tobías. Ana no se creyó la versión de su marido y estuvo enfadada con él durante una buena temporada.

Mientras pensaba en la faena que le había hecho a su padre, vio que Álex abandonaba su tabla y se sentaba junto a él.

—¿Sabéis que Sergio se va mañana? —preguntó Javier.

A Tobías se le borró la sonrisa y su mirada se perdió en los adosquines blanquecinos de la plaza. Apoyó los codos en las rodillas y comenzó a notar un sabor amargo. En ese momento su móvil le envió una notificación y entró en las redes sociales para ver la foto que Sergio acababa de publicar. Aparecía junto a la estatua del

Minotauro de Machaco. Sobre su frente caían algunos mechones ondulados. La distancia focal no permitía apreciar la intensidad de su mirada, y Tobías amplió la imagen. Observó que su amigo cada día tenía más seguidores. Era imposible sustraerse a esa cara.

Sergio estudiaba Derecho en La Coruña, la ciudad de su padre, aunque siempre pasaba las vacaciones en Coria porque su madre añoraba la tierra extremeña. El joven, además de obtener muy buenas calificaciones en la universidad, tocaba el violín desde que tenía diez años y se enfrentaba junto a sus compañeros del Conservatorio a composiciones como *Palladio*, de Karl Jenkins.

El recuerdo de Tobías le zarandeaba la cabeza. Cada noche recordaba la luz de sus ojos y el aroma a manzanas que desprendían sus camisetas. Le habría gustado que fuera menos ñoño y se lanzara de una vez; que perdiera la vergüenza y que los dos pudieran disfrutar de una relación normal. «No puedo agobiarlo. Tengo que esperar».

Los tres amigos llevaban un rato sentados cuando Sergio llegó. Tobías percibió el aroma que desprendía. Era parecido al de la menta que crece junto a los ríos de la sierra. Se levantó de inmediato para abrazarlo.

—Mañana me voy, y cada vez llevo peor estar lejos de ti —dijo Sergio con la sensación de que se le estrechaba la garganta.

—El primer trimestre pasa volando. —Tobías intentó aliviar la tristeza que afloraba en aquellos ojos verdes—. Ya mismo volvemos a vernos.

—Tienes que venir a La Coruña. Me gustaría enseñarte mi otra ciudad.

—Me encantaría ir.

—Inténtalo. Falta mucho para Navidad. Me voy a volver loco.

La noche gobernaba la ciudad cuando los amigos se fueron cada uno a su casa. Tobías creyó que sus padres ya habrían cenado,